

## 62. Y bien, le perdono...

Los episodios más frecuentes, más conmovedores y, debemos decir, los más deseados del Santo, eran las reconciliaciones entre enemigos, que ocurrían casi siempre en público o en la iglesia o en las plazas, coronando su inspirada predicación y peroración. ¡Pero cuanto era difícil convencer a los obstinados antagonistas! Lo sabemos bien nosotros, los hijos de San Gaspar, quienes, sobre su ejemplo, vamos de casa en casa, en los lugares de predicación, tratando de extinguir los odios atávicos en el nombre de la Sangre de Cristo! Créanlo, como en los tiempos del Santo, así hoy, el momento del abrazo es también el momento de las lágrimas y de la alegría profunda.

No hubo misión del Santo, donde no se verificasen numerosos episodios de reconciliación, de los cuales ya hemos hablado; aquí reportamos otros dos muy conmovedores, que no pueden ser dejados de lado.

El 20 de marzo de 1824 el Santo estaba en Guarcino, donde a Felice De Victoriis le fue asesinado el hijo Francisco por un tal Luigi Accetta. El asesino fue entregado a la Justicia, pero, después de varios años de cárcel, vuelto a la libertad, regresó al pueblo. Entre las familias, como es fácil de imaginar, había quedado un odio profundo, incurable, que impulsaba a la venganza. Felice se fue a confesarse donde Gaspar y le manifestó sinceramente no sólo toda su angustia, pero también el odio amargo que sentía por el asesinato del hijo. Se quedó sentido cuando le negó la absolución hasta que no hubiese perdonado. *"Si presentas tu ofrenda sobre el altar y te recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda y ve primero a reconciliarte con él y entonces vuelve y presenta tu ofrenda don"*. Las palabras de Cristo, grabadas en el Evangelio, eran claras, ni el Santo podía faltar a un precepto divino. Felice, llegado a su casa, contó todo a su esposa, que hace tiempo yacía en la cama enferma, y ella arremetió primero en contra del marido y luego en contra del misionero.

Felice regresó a referir todo a Gaspar, quien, levantados los ojos al cielo, dijo:  
- *Dios se hará cargo de ella.*

Apenas después de un par de días la mujer empeoró mucho y, segura de su final inminente, llamó a un sacerdote, se confesó, y en el momento de expirar, "... dejó para el

enemigo la palabra de perdón, que antes había constantemente rehusado". Felice fue donde el Accetta y lo abrazó también en nombre de la difunta.

Gaspar, una tarde, al ver desde el escenario a Luigi y Felice, uno al lado del otro, habló con maravillosa elocuencia del perdón cristiano y los invitó amablemente a subir el escenario. Él afirmaba entre las manos el gran Crucifijo y los dos antiguos enemigos se arrodillaron abrazándose en el beso de paz. Un estremecimiento recorrió la audiencia. También el Santo cayó de rodillas al lado de ellos para dar gracias a Dios que opera tantas maravillas en su pueblo devoto.

El 13 de febrero de 1833, después de una famosa Misión en Palestrina, de viaje a Zagarolo por causa de un fallo en el carruaje, aunque cansadísimo, se vio obligado a recorrer a pie el largo y sinuoso camino que conducía al pueblito, pavimentada con nieve helada. Así lo disponía Dios con el fin de su gran misericordia.

En el camino se encontró con una mujer vestida de negro; el rostro, socavado por una marca indeleble, decía cuántas lágrimas había derramado.

El Santo, como siempre, conmovido frente a tanto dolor, se le acercó: - *Buena Señora, veo que lleva luto, su rostro está muy triste...!*

- *Sí, padre, mi hija... Un demonio, me la ha asesinado!*

- *Entiendo, entiendo, buena Señora. No es sólo es el dolor que la consume, mas también un odio profundo...*

- *Sí, es cierto, ya tengo listo el puñal y, apenas saldrá de la cárcel, se lo plantaré en el corazón!*

- *No, no, mi buena Señoras, no hable así. ¿A qué le serviría? ¿Resucitaría tal vez su hija?*

Aquí el Santo, haciendo uso de todo su celo sacerdotal y a la sensibilidad su gran corazón, dijo palabras que sólo Dios pudo poner en su boca. Le habló de la Sangre de Cristo, del perdón desde arriba la cruz, de la Madre, que viendo matar el Hijo, se unió al perdón. ¡Todo resultó ser inútil! La mujer conservaba en su drama un odio implacable.

- *Lo mataré* - repetía.

Gaspar se le arrodilló de frente, en la nieve: - *Señora, vengo desde lejos en el nombre de Cristo, estoy aquí para llevar almas a Dios! -.*



Así diciendo le mostró el Crucifijo. - Por Él, debe perdonar, por estas heridas, por esta Sangre! -. Los labios de la mujer comenzaron a temblar... Gaspar instó: - Es su hija que se lo pide, porque ella ya ha perdonado.

La pobre mujer, al escuchar el nombre de su hija, se derrumbó. Se puso de rodillas ante el Santo, besó el Crucifijo, se echó a llorar y murmuró: - *¡María Santísima, deme usted la fuerza! Quiero, yo quiero perdonar.*

Alguien ha visto y ha oído; la noticia se expande. Desde la torre se oye el sonido de las campanas, el pueblo grita: *"¡Ha llegado el Santo, ha llegado el Santo!"* Y salen corriendo con alegría a su encuentro.